

dalajara, seguido de siete mil hombres de caballería y solo doscientos cuarenta infantes: marchó por Zamora, donde entró en triunfo, obsequiándole el vecindario con un donativo de siete mil pesos. En 26 de dicho mes entró en Guadalajara entre las mayores demostraciones de júbilo, formando valla la tropa, y recibió las felicitaciones de todos los cuerpos bajo de dosel. Agradóse mucho de las enhorabuena de los colegios, pues como sabía que era, apreciaba de preferencia los establecimientos útiles para la juventud.

153. El general Torres entendió lo importante que sería tomar el puerto de San Blas, y esta comisión la confió al cura del Aqualulco don José María Mercado, quien con seiscientos hombres, tomados los de pueblos de su tránsito, entró sin contradicción en Tepic: allí se reunió la compañía veterana del pueblo y marchó á sitiar la plaza, que tomó el día 29 de noviembre, firmando un convenio de cinco artículos con el alférez de fragata don Agustín Bocalán, comisionado al efecto por el comandante del puerto don José Lavayen. Para la toma de San Blas no se disparó un fusil. Los primeros que se embarcaron en el bergantín San Carlos fueron el señor obispo Cabañez, y Recacho, y á su imitación porción de españoles en los buques que estaban en franquía. Admira cómo una plaza regular y bien fortificada pudiera entregarse á una chusma de indios sin armas; mas el miedo hace parecer gigantes á los fantasmas, y de este estaban poseídos los cruzados españoles.

156. El día 1.º de diciembre marchó para Sonora don José González Hermosillo, dirigido por el doctor fray Francisco de la Parra, dominico. Esta persona fué muy grata á Hidalgo porque dirigía la única imprenta que había en Guadalajara, la que puso á su disposición, y por cuyo medio se publicaron manifiestos, proclamas y órdenes, que dieron el mayor impulso á la revolución, y todo lo costeó de su bolsillo este eclesiástico, que no quiso figurar como jefe militar, sino como director de la expedición. Esta tuvo buen suceso en su principio; pero luego se desgració por la inexperiencia de los americanos, como vamos á ver.

157. El 17 de diciembre se presentó la división á las orillas del real del Rosaño, donde la esperaba el coronel español don Pedro Villaescusa, con seis piezas y mil fusiles, parapetado á las orillas del río, que al día siguiente pasaron los insurgentes casi á nado: el coronel Quintero y capitán Flores procuraron flanquear al enemigo con mil hombres cada uno por derecha ó izquierda, cargando reciamente, y se entraron hasta la población, metiéndose en las casas: entonces el alcahalero del pueblo con un grupo de soldados y paisanos les asestó un cañón á metralla, cuyo estrago burlaron arrastrándose por el suelo; pero lanzándose sobre los artilleros los mataron á puñaladas, y al director de la empresa lo mutilaron bárbaramente. Siguió alternado el tiroteo; pero temerosa la guarnición de correr la suerte que el mutilado, ó sea su comandante Villaescusa, quiso capitular con Hermosillo, quien le dijo que se rindiese á discreción, como se verificó, tratándolo con toda consideración y dándole pasaporte para restituirse á su casa; dióle además una escolta de los soldados vencidos para que lo custodiasen: movióse por las muchas lágrimas que este comandante derramó á su presencia, cual pudiera un niño: la única garantía que le pidió fué el juramento de no volver á tomar las armas contra la nación.

158. Esta conducta generosa de Hermosillo fué recompensada con la felonía mas vil. Al retirarse Villaescusa arrastró consigo mas de sesenta de los suyos: llegó al pueblo de San Ignacio Piaxtla, donde ejecutó lo mismo, y se hizo fuerte en aquel lugar, que era á propósito; desde donde avisó cuanto le

había ocurrido al intendente don Alejo García Conde, que estaba en Arizpe, y venia con un repuesto de indios opatas, armados de fusil y lanza, exhortándolo á que llegase pronto, pues temía que Hermosillo lo batiese. Sabido todo por este, pasó luego á atacarlo: en la revista que hizo de su tropa halló cuatro mil ciento veinticinco infantes, cuatrocientos setenta y seis caballos, novecientos fusiles, doscientos pares de pistolas y muchas lanzas. Entró con este armamento en San Sebastian con grande aplauso: se situó en un cerrillo que dominaba por el rumbo del Sur al pueblo de San Ignacio, á tiro de cañón; divide el pueblo del cerro un río de bastante caudal.

159. El 31 de diciembre unos soldados de Mazatlan con un sargento llamado Hernandez, bajaron del cerrillo á las señas que les hacían otros dos que eran enemigos, situados en la banda opuesta. Efectivamente, bajó, contestó con aquellos que habían sido antes sus camaradas, y quedaron de acuerdo en que al otro día vendría mucha gente de la enemiga, que seducirían para reunirse á los americanos. Diéronse mutuos abrazos; mas al repasar el río Hernandez, le dispararon un fusil y cayó muerto. Formalizóse ya con esto un tiroteo por ambas partes. Continúo el 1.º de enero de 1811, pero sin fruto, pues el enemigo estaba parapetado. Al siguiente día el padre Parra salió á buscar vado para atacar al enemigo, en compañía de Diego Somalia, hombre de valor; pero ambos fueron sorprendidos por una partida de guerrilla, Somalia muerto y Parra conducido después hasta Durango con un par de grillos. Entre doce y una de la noche del 4 al 5 de enero entró García Conde en San Ignacio, encontrándolo Villaescusa: ignoráronlo los americanos, pues creían que era muy poca la tropa que hubiese parapetada en el pueblo. García Conde mandó el día 6 reunir de las poblaciones inmediatas el mayor número posible de gente armada para emboscarla y sorprender á Hermosillo, el cual creyó que obtendría el mismo triunfo que la primera vez. El día 8 salió con toda su fuerza, pasó el vado que había descubierto el padre Parra, y la tropa enemiga sin orden de sus jefes colocada á los lados del camino, que estaban cubiertos de breñales, arrastrándose de barriga por el suelo en número de cuatrocientos hombres, y teniendo la división de Hermosillo en medio, comenzó á hacer un fuego voraz, que en diez minutos acabó con mas de trescientos americanos. Tal suerte tuvo esta expedición, comenzada con los mas felices auspicios. Villaescusa se cubrió de ignominia con su pérdida conducta, y aunque destrozado Hermosillo y aquel victorioso, el uno pasará en todos tiempos por un héroe y el otro por un infame villano. Son muy dignos de lástima los hombres candorosos, porque son el juguete de los perversos. En este acontecimiento tuvo la mayor parte la inexperiencia de la guerra, en la que eran niños los americanos. ¡Qué desgracia que hoy se hayan formado maestros á expensas de la sangre de sus hermanos (1)!

160. Entre tanto que esto pasaba en Sonora, Calleja organizaba su ejército y se preparaba para invadir á Guanajuato. El 13 de noviembre salió de Querétaro: su marcha era lenta pero segura; precediánle

(1) Debo hacer justicia á la virtud y al mérito. El señor don Alejo García Conde hizo prisioneros en esta acción ochocientos hombres, y á ninguno pasó por las armas. Algo mas; entre los prisioneros se encontraron varios curas del obispado de Guadalajara, á quienes trató de quitar sus curatos el señor obispo Cabañez; pero él se opuso fuertemente á esta medida, y lo impidió. El resultado de esta conducta fué que allí no hubo mas revolución; si la hubieran observado Calleja y Venegas ¡cuántos muertos existirían hoy que sacrificaron inútilmente! ¡Prez eterno á la buena memoria del señor García Conde!

el terror y la desconfianza: su campo era el teatro del espionaje: observábase hasta los gestos y miradas de su tropa, y la menor expresión dicha indiscretamente por el soldado se tenía por cuerpo de delito y castigada hasta con la muerte. Aguardábalo tranquilo Allende en Guanajuato y disponia sus fortificaciones en las alturas, supliendo con la artillería la falta de fusiles, sin olvidarse del cielo, que da y quita las victorias, pues en la festividad del Patrocinio de nuestra Señora, en que se celebra á nuestra Señora de Guanajuato, salió en su solemne procesion para implorar su auxilio. Hizo barrenar distintos puntos de la Cañada de Marfil para dispararlos como minas al tiempo de pasar el ejército: hizo exhortar al pueblo por medio de los eclesiásticos á tomar las armas, como efectivamente lo hicieron. Calleja atacó con buen éxito la primera batería de Rancho Seco, noticia que alarmó al pueblo, y se hizo tocar la generala con la campana de la parroquia: la plebe ocurrió á las cumbres de los cerros, las familias se ocultaron en sus casas, y aquel día lo fué de confusión. El enemigo dividió en dos trozos su ejército, el de la derecha confió al conde de la Cadena y Calleja tomó la izquierda: el primero avanzó por el punto de la Yerbabuena hasta llegar á las Carreras, el segundo por el camino nuevo de santa Ana hasta el real de Valenciana, después de haber forzado las baterías situadas en las alturas de ambos caminos y tomado los cañones. Luego que llegaron á los puntos ya citados, hicieron alto, así para dar descanso á sus tropas como porque ya se ocultaba el sol.

161. A las tres y media de la tarde de este día (24 de noviembre) un mulato llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, cierto de que la acción estaba ganada por Calleja, salió por las calles y plazas seduciendo al pueblo á que fuese á la alhóndiga de Granaditas á matar á los españoles que estaban allí presos: díjole para conmoerlo á tal maldad, que iba á entrar á degüello. Aquella plebe, quejosa de tiempos atrás del gobierno español por el tributo que le exigía desde el tiempo del visitador Galvez, y de la violencia que se usaba echando leva, que allí llamaban lazo, para desaguar algunas veces las labores de las minas, abrazó la proposición de aquel hombre despechado. Entró, pues, en gran número en la alhóndiga, hiriendo á la guardia que les oponía resistencia, y al comandante de ella don Mariano Liceaga, y por poco corren igual suerte el capitán don Mariano Otero y don Francisco Tovar, que apenas pudieron huir: ocurrió luego el cura párroco á impedir este estrago con varios clérigos y frailes; pero todo fué inútil, la plebe forzó las puertas y dió muerte á la mayor parte de los presos, haciendo tal carnicería, que de doscientos cuarenta y siete que allí estaban y dos señoras que acompañaban á sus maridos, solo escaparon poco mas de treinta, y una de ellas quedó mal herida. Robaron después cuanto había en el edificio, dejando enueveros los cadáveres. Los pocos que pudieron salvarse se refugiaron al convento inmediato de Belen. Divulgóse luego este hecho de atrocidad y todos temieron sus consecuencias; ocultáronse donde pudieron. El pavor ocupó todos los corazones y reinó en la noche aquel silencio que siempre se pasea acompañado de los horribles espectros; pero este fué interrumpido á las tres y media de la mañana con el horrísono estallido de un cañón de á 16 que desde el día anterior había situado Allende en el cerro del Cuarto, desde donde hizo fuego sin interrupción la tarde del día anterior para impedir al conde de la Cadena su entrada por el punto de las Carreras, y sus fuegos eran respondidos por otro que dicho conde había tomado de las baterías ocupadas. Hizo una pausa hasta las siete de la mañana en que se repitió el fuego con la misma pieza, y continuó muy vivo hasta las ocho y media que comenzó á bajar la división de Calleja camino de Va-

lenciana, hácia donde avistaron el cañón, y comenzaron á tirarle con tanto acierto, que la primera bala mató á dos de los que lo manejaban y la segunda lo desmontó. El ejército real comenzó á entrar por las Carreras ya sin obstáculo, capitaneado por el conde de la Cadena; Allende se retiró con su tropa y nadie osó perseguirlo.

162. Luego que supo Calleja la catástrofe de Granaditas, mandó tocar á degüello, como se verificó con algunas gentes inermes que por su curiosidad presenciaban su entrada desde Valenciana hasta el barrio de San Roque. El conde de la Cadena iba á hacer lo mismo y tenía á punto su tropa; pero en este momento una voz de trueno le hizo reflexionar y volver sobre sus pasos; era la del padre fray José María de Jesús Belaunzarán (1), ministro de terceros de San Diego, que llevando un Crucifijo en la mano, á grito herido le dijo. . . . "Señor, esa gente que V. S. tiene á la vista es inocente, ni ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho, andaría fugitiva por esos montes. . . . Suspendase, señor, la orden que V. S. ha dado, y yo se lo pido por este Señor que lo ha de juzgar y le ha de pedir cuenta de la sangre que quiere derramar." Formidó el conde al oír estas terribles palabras, que quedó confuso, y ya no hizo mal alguno. ¡Tanto es el poderio de la voz de la religion empleada oportunamente! El capitán de dragones de Puebla don Francisco Guizarnotegui, en su parte á Calleja, fecho en Guanajuato en 25 de noviembre, le dice: "Que al pasar por Granaditas oyó decir que allí estaban muertos á lanzadas todos los gachupines; expresión que lo irritó bastante y por lo que mandó echar pié á tierra á doce dragones para cerciorarse de la verdad y auxiliar á los que estuviesen vivos; mas solo oyó decir que todos eran cadáveres, cogiendo á seis ó siete hombres que los hallaron allí, los cuales entraron á ver si había algun despojo que rapiñar, ó quizás á ver la catástrofe en que fueron cómplices, por lo que bien asegurados (son sus palabras) se los presentó al señor general en jefe, quien al oír mi indicado razonamiento mandó en el momento matarlos. . . . como se ejecutó. . . ordenándome volviere á la ciudad tocando degüello, como lo verifiqué hasta llegar á la plaza ó parroquia, donde me reuní con la tropa que parada había allí." Así disponia Calleja de la vida y de la muerte de los americanos como pudiera de la de los perros. Sigámole los pasos á este tigre; está metido en una selva acosado de sed rabiosa de sangre humana; relación para mí molesta, pero indispensable en la historia.

163. Ocupada la ciudad, mandó que la mayor parte de su tropa y artillería campase en el punto de Jalapita, á la salida de la Cañada de Marfil, quedándose con alguna parte de ella en dicha ciudad. No se ocupó en tomar algun descanso de la fatiga del día anterior, sino en mandar prender á varias personas distinguidas, que por lo pronto se mandaron al campo, y al día siguiente encerraron en Granaditas. Entre estas fué atado con un porta-fusil y vilipendiado el coronel de dragones de la reina don Narciso María de la Canal; mandó recoger todas las armas, incluso los espadines de los regidores, que por ser sus empuñaduras de oro fueron doblemente solicitados, pues estos se machacaron y en Méjico se cambiaron para su esposa por piochas de diamantes al maestro de platería Vera. Hizo juntar los carpinteros de Guanajuato para que construyesen horcas, á mas de la que es-

(1) A este hecho principalmente debe el señor Belaunzarán el haber sido nombrado obispo de Nuevo reino de Leon. ¡Conceda Dios á su grey tener á su frente tan denodado pastor! Los lobos que hoy la cercan, no son menos temibles que aquellos, sus bramidos no son tan estrepitosos; pero sus astucias y asechanzas son mas certeras.

taba en la plazuela mayor, enfrente de Granaditas, plazuelas de San Fernando, de la Compañía, San Diego, San Juan, Mexiamora, y una en cada plaza de las minas principales. Las calles de Guanajuato son muy estrechas, sus plazas no merecen tal nombre, y así es que no se andaba allí sino entre *horcas*. ¡Lástima que este Aman no hubiese encontrado un Asuero que hiciera colgar su cuerpo en una de treinta codos! Nombró un oficial comisionado, que acompañado del escribano de cabildo pasase á Granaditas, y examinando á los de la plebe que habían prendido sus soldados el día anterior de los que no perecieron en el degüello y estaban encerrados allí, calificasen á los que eran reputados hombres de bien y que no habían tenido participio en los asesinatos, y á los restantes los diezmasen para ahorcarlos. . . . He aquí planteado un tribunal militar Robesperriano; he aquí desatadas las furias infernales protegidas por la égide de la justicia. Aquí fué el robar y tomar la ocasión por los cabellos: los que tuvieron dinero que ofrecer y garantizaron sus ofertas, fueron puestos en libertad; los que no, perecieron. No se crea que los ajusticiados se tomaron con las armas en la mano ni haciendo resistencia; se salió á buscar hombres para quintar ó diezmar: algunos hubo que habían tenido parte directa en la revolución; pero estos ó se huyeron ó se supieron redimir con dinero.

Toda una noche se estuvo ahorcando enfrente de Granaditas, sirviéndose los verdugos de la luz de los ocotes para tan cruentas ejecuciones. Al pie de la horca había una porción de burros, sobre los cuales echaban los cadáveres y llevaban á enterrar; puede creerse que algunos fueron sepultados vivos, pues uno de estos logró salvarse por una rara contingencia, el cual lleno de confusión vistió una jerga grosera (que allí llaman hábito de nuestra Señora de Guanajuato) y á guisa de penitente y ermitaño se fué á la mina de Cata á servir al Señor de Villaseca, á quien atribuía la milagrosa conservación de su vida. Este hombre excitaba la compasión, pues aunque logró sobrevivir á tamaña desgracia, quedó sin embargo con el pechuezo chueco; su presencia excitaba recuerdos tristes y odio al autor de su desventura. Necesito hacerme violencia para referir estos hechos y decir que en las once horcas puestas en diversos puntos, de los infelices hombres reunidos se diezmaron doscientos; aquellos á quienes cayó la suerte fueron pasados por las armas porque no había bastante número de verdugos que los ahorcasen. El día 27 se diezmaron ciento ochenta; los diez y ocho que resultaron para la muerte, fueron ahorcados en la plaza mayor esa misma tarde. El 28 sufrieron la misma pena (dice el Cuadro histórico) en Granaditas, ocho individuos en cuyo número se comprendieron el hijo querido de las ciencias exactas don Casimiro Chovell, don Ramon Favié y don Ignacio Ayala. Antes que estos, habían sido ejecutados don José Antonio Gomez, nombrado intendente por Hidalgo, don Rafael Dávalos y don José Ordóñez.

164. El jueves 29 por la tarde se mandaron ejecutar á cuatro individuos, y cuando ya dos habían sido ahorcados en Granaditas, hizo Calleja publicar el indulto, con cuyo motivo se salvaron los dos restantes. Los que fueron fusilados por el piquete de granaderos, estuvieron al mando de José María Monter. Los presos que se encargaron al capitán don Manuel Solórzano fueron, el coronel de dragones de la reina don Narciso María de la Canal, el presbítero don Pablo García Villa, id., don Juan Nepomuceno Pacheco, id., don Francisco Zuñiga, id., don José Apolinario Azpeitia, id., el doctor José María Oñate, cura de Santa Ana de Guanajuato, id., don Manuel Fernandez, y fray José Escalante, laico de San Diego. En suma, en Guanajuato no hubo acción de guerra formal; un solo cañón situado en el cerro del Cuarto y la mal formada ba-

teria de Rancho Seco, sin apoyo de fusilería ni caballería: ¿y para esto tanta bulla? Fusilería no la había absolutamente; los frascos de azogue de fierro, que se cargaban como cañones pequeños ó pedreros, servían solo para dañar á los que los disparaban, porque al reventar hacían un embique ó retroceso que lastimó á varios indios y les quebró las piernas. He aquí á Calleja en su verdadero punto de vista; no es un general que se venga de los enemigos á quienes vence, es un leopardo sediento de sangre que se entra en un redil de ovejas: si yo creyera en la trasmigración, diría que el alma del duque de Alva había ocupado el cuerpo de esta mala bestia; aquel aborció en la plaza de Arlem mil hombres, este habría quedado mas ufano que aquel si hubiese podido arrasar con Guanajuato y no dejar vivo á ninguno de sus habitantes; pues aun hay otro monstruo mas formidable que este, y por tal tengo á Venegas, pues en oficio de 28 de noviembre, inserto en la Gaceta extraordinaria número 45, le dice á Calleja: "Fué justísima determinación la que V. S. tomó de que nuestras tropas entrasen á sangre y fuego en una ciudad que había cometido tan detestable delito. . . merece toda mi aprobación la ejecución que V. S. medita. Si hacemos paralelo entre este par de monstruos, nos será mas fácil perdonar á Calleja que á Venegas: aquel en un momento de indignación y á vista de sus paisanos muertos en Granaditas, por un movimiento primo pudo mandar tonaditas, pero Venegas á distancia de mas de ochenta leguas, en calma y serenidad, no solo aprobó el degüello, sino que á mas de esto lo que meditaba hacer. . . Es cosa á la verdad muy dura, y que muestra un espíritu de demonio. Tal fué el que lo guió durante su gobierno, como tendremos muchas ocasiones de demostrarlo en esta historia.

165. Viendo el general Allende la pérdida de Guanajuato, salió con mil hombres mal armados, ó dígame mejor destituidos de todo punto de armas, en demanda de Iriarte, á quien encontró en Zacatecas con una buena division: no estaba en estado de castigar la indolencia con que había obrado dejando de auxiliarlo en Guanajuato; y viéndose destituido del prestigio que no puede tener un jefe derrotado, tomó el camino de Guadalajara, donde fué recibido por Hidalgo con magnificencia y apariencias de amistad. Dedicaronse ambos jefes á dar forma de ejército á una gran masa de hombres que tenían á su disposición. Aprovecháronse de los recursos que les proporcionaba el puerto de San Blas, sacando de sus almacenes municiones y artillería hasta del calibre de á veinticuatro. Esta fué una empresa que parece ha marcado la Providencia con una señal indeleble para que la crea y admire la posteridad, permitiendo que existan todavía algunos cañones hundidos en las barrancas de *Mochitlic*, para que el viajero curioso los admire, y compadeciendo los inútiles esfuerzos que hicimos por recobrar nuestra libertad, exclame y diga. . . ¡Oh! los americanos se tornaron en gigantes y multiplicaron aquí sus esfuerzos! dignos érais de elevaros á la clase de un pueblo libre. . . Mas no plugo así al cielo por entonces: adoremus sus decretos pecho por tierra! Efectivamente, por voladeros de pájaros y sendas donde quizás por la primera vez se estampó la huella humana; sin máquinas, aparejos ni cabrias, sino brazo á brazo, se trasladó una gran batería de gruesos cañones; tránsito solo comparable con el de Napoleon por el famoso monte de San Bernardo. ¿Habeis notado cuántos millares de hormigas se pegan á un gusano muerto y de enorme magnitud, y aplicando cada una parte de su fuerza, lo trasportan á su agujero para que las sirva á todas de comun alimento? pues no de otro modo se arrimaron centenares de indios á aquellas enormes piezas y las condujeron hasta el campo de Calderon, regando con su sudor el largo espacio de no-

venta leguas. . . ¡Regar con su sudor! expresión no hiperbólica, sino natural y efectiva; expresión, en fin, que sabrá avalorar el que aprecie dignamente nuestra noble especie. Cuando en Guadalajara se hacían estos aprestos y se disciplinaba en sus campos la tropa reunida, comenzaron las agitaciones intestinas que son el preludio de una reacción; empezaron las habillitas y murmuraciones contra Hidalgo, y se esparcieron por la ciudad papelillos que aseguraban la próxima venida de Calleja. En 11 de diciembre se avisó á Hidalgo que los europeos presos en el Seminario y colegio de San Juan, combinados con un lego carmelita y un fraile dieguino, iban á asaltarlos; teníase por inconcuso que en la huerta del Carmen se habían fundido de tiempos atrás cañones de artillería, y así creyó á los españoles capaces de una intencionalidad, habiéndole sido ingratos algunos con quienes se había mostrado clemente; y sin descender á un exámen legal, decretó deshacerse de sus enemigos, como lo había ejecutado en Valladolid, haciendo decapitar en el cerro de la Batea mas de ochenta. Segun informes, los que ejecutaron cerca de las barrancas del Salto y otras inmediatas á Guadalajara, fueron mas de setecientos.

Estos infelices eran sacados entre las tinieblas de la noche y entregados en manos del torero Marroquin, que regentaba su ejecución. Jamás, jamás aprobaré esta medida bárbara, atroz é inhumana, y solamente la tendria por justa probado el crimen en un proceso judicial; pero si aseguraré por lo que he visto en un legajo en el archivo general, que los españoles de Guadalajara daban informes á Calleja de cuanto entonces pasaba, acriminando á los que mostraban ser adictos á Hidalgo: ¡cosa rara! que hombres puestos en tales circunstancias pudiesen tener tanta audacia. Presumo que entonces no se escucharía mas voz que la de la venganza, por las ejecuciones que hizo Calleja en Guanajuato; aquella voz terrible que tan exactamente nos ha hecho entender un poeta francés, que dice. . .

Su furor imitemos:

De esta suerte sus crímenes injustos,

Castigados serán, tanto por tanto,

Sangre con sangre,

Llanto, en fin, con llanto.

166. Sobrevino además otra desgracia el día 12 de diciembre. Iriarte se hallaba en Aguascalientes con su division; ocupábase sus artilleros en hacer cartuchos en una casa de la calle de Tacuba, y como tenían la pólvora á granel sin las correspondientes precauciones, repentinamente prendió fuego: el estallido fué horribísimo, y con su estrago desaparecieron cerca de ochenta personas, estampándose sus cuerpos en las paredes, y desapareciendo otros sin que se supiese mas de ellos: la casa casi se arrancó de cimientos; volóse como la quinta parte de la manzana, y lo mismo sucedió con la acera de enfrente: oyóse entonces una voz que decía que aquello era una traición de los gachupines, y he aquí la tropa que enfurecida sale por las calles matando á cuanto blanco encuentra. Iriarte tuvo que retirarse luego para Zacatecas, situándose aquel día en la hacienda de *Piñuela*. Esta noticia se supo á poco en Guadalajara; creyóse lo mismo que en Aguascalientes, y dió mas valía á los que estaban en el concepto de ser cierta la reacción de aquella ciudad.

167. Continuándose los aprestos militares con infatigable esmero, se montaron cuarenta cañones calibre de cuatro á doce; los restantes hasta noventa y seis, se llevaron al campo de Calderon, y dos carros de municiones. Construyéronse cohetes enormes con puntas de hierro agudas para desconcertar

la caballería enemiga: trabajóse mucho parque fuera del que se trajo de San Blas; faltaba fusilería, pues apenas había mil doscientos fusiles, todo armamento viejo quitado al enemigo; y para suplir esta falta se construyeron granaditas chicas, que despedidas con bondas, dándose fuego á una espoleta, pudieran suplir la falta de mosquetes. Todo el ejército, y con él siete mil indios bravos de flecha que llevó de *Colatlan* don José María Calvillo, se ejercitaron por veinte días continuos en ejercicios militares en las llanuras de Guadalajara.

168. En la noche del 23 de diciembre hubo una alarma en la ciudad, diciendo que á una legua de distancia del pueblo de San Pedro se hallaba Calleja. Iluminóse en un momento Guadalajara, y Allende con algunos amigos voló á hacer un reconocimiento, y dijo que eran unos veinte indios que venían de Zamora, enviados del general Macías, que traían unos pliegos. Tales fueron las medidas de defensa que por entonces tomaron Hidalgo y Allende; veamos otras de diversa especie, inútiles, como acreditó el tiempo, y que entonces se creyeron necesarias.

169. En 13 de aquel mismo mes se otorgó poder á don Pascasio Ortiz de Letona por los señores Hidalgo y Allende, reunidos con los oidores y fiscal de aquella audiencia, para que pasase á los Estados Unidos del Norte, y conforme á las instrucciones que se le dieron, pudiese tratar, ajustar y arreglar una alianza ofensiva y defensiva y tratados de comercio. Este enviado pasó sin demora á realizar su comision; mas por desgracia fué sorprendido en el pueblo de Molango en la costa de Veracruz, pues se hizo sospechoso al justicia viéndolo caminar solo, y que necesitando dinero en plata procuró allí cambiar una onza de oro. Encontrósele este poder oculto en los lomillos de la silla de montar, y se agregó á la causa que se le comenzó á instruir y está á fojas 11. El proceso se remitió á la junta de seguridad juntamente con el cadáver del reo, que (segun se aseguró) fue sepultado en la villa de Guadalupe, habiéndose suicidado con un veneno que traía consigo, luego que entendió que su delito estaba descubierto. Conoció á este joven guatemalteco; era muy apreciable é instruido en las ciencias naturales, principalmente en la botánica. El otorgamiento de este poder fué resultado de las magníficas ideas novelescas que teníamos del gobierno de Norte-América: si Hidalgo se hubiera hallado entonces con los conocimientos prácticos que hoy tenemos, habria preferido invocar en su auxilio al emperador de Marruecos antes que á esta gente.

170. En aquellos mismos días, es decir, diez después del levantamiento de Dolores, dieron estos malvados vecinos una prueba bastante clara de lo mucho malo que debíamos esperar de ellos, pues los habitantes de *Baya Sarah* en la Florida occidental, en número de doseientos hombres, entraron en *Baton Rouge*, se apoderaron del fuerte y arrestaron al gobernador don Carlos Dehaut Delaffus, hiriendo gravemente al oficial don Luis Grandpré y á otras tres ó mas personas, erigiendo una junta; todo lo cual tuvo su apoyo por lo que llaman *simpatías* en los Estados Unidos; principio nuevo, como el de la *legitimidad* de los príncipes de Europa, para usurpar lo ajeno, y que ha guiado en estos días su conducta para soportarse la provincia de Tejas. Esto no pudo saber Hidalgo, pues ni aun Venegas lo supo hasta junio de 1811, por la comunicacion que le dirigió don Manuel Salcedo, comandante de Tejas (1). Por dicho principio el saltador hace suyo el bolsillo del caminante, porque le tiene tal *simpatía*, que lo devora y excita á

(1) Véanse las Campañas de Calleja, donde consta el pormenor de esta invasion, páginas 42 á 44.

tomarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. ¡Cuánto ha adelantado la filosofía de la rapiña en el país de Guillermo Penn y de Washington! ¡No permita Dios que progrese entre nosotros!

171. En 13 de diciembre salió Calleja de Guanajuato para la villa de Leon, al mismo tiempo que salieron para Méjico sesenta soldados llamados patriotas, conduciendo las barras de plata rescatadas, un cañon de á doce desmujonado que condujeron en el juego de un coche, que fué dado en espectáculo de curiosidad en el patio de palacio de esta capital, á donde bajaron los oidores á verlo, y quién sabe las ideas que excitaria la vista de este objeto con respecto á su suerte futura: admiráronlo, no menos que las máquinas formadas en brevísimos días para el establecimiento de una casa de moneda, que estaba casi concluida, de órden de Hidalgo; todo lo cual se remitió á España, para que tambien allí fuese materia de algunas tristes reflexiones. Guanajuato quedó sin tropas de línea, supliéndose con patriotas mal armados.

172. La marcha de Calleja para Guadalajara, fué la de un Leopardo que sale por el bosque y recorre la campiña para carnear, y marca sus huellas con la sangre inocente de los animales que devora, y de que siempre está sediento. Al pasar por dicha villa en los días 21 y 22, ahorcó dos infelices. Luego que entraba en un lugar, el primer objeto que buscaba era la horca y si no la habia la mandaba plantear. Supo al entrar en la villa de Lagos, que sus habitantes habian arrancado de los lugares públicos el edicto de la inquisicion que excomulgaba á Hidalgo; este era como en otro tiempo el oriflama de los franceses: montó luego en cólera, y en el exceso de ella escribió á Venegas "No economizaré (son sus palabras) los castigos contra los que resulten reos de tan grave delito Este es uno de los pueblos que merecian incendiarse por su obstinacion." Consistia esta en el silencio con que se le recibió: queria Calleja que todos se alborazasen con su presencia, que los edificios se arrancasen de cimientos para recibirlo, que esparciesen flores por los caminos y que su entrada fuese saludada con aquel hosanna de paz con que Jerusalem victoreó al verdadero príncipe de ella, y que la dignificaba con su augusta presencia.

173. En medio de esto, llegó á entender que en el ejército se murmuraban (aunque en secreto) sus ejecuciones; temió por sí, porque al fin eran americanos los soldados, y les dolia ver derramar la sangre de sus hermanos, y que alguna voz seductora les hiciese entender la degradacion é ignominia de que se cubrian sosteniendo á tal tirano. Entonces procuró ganar el afecto de los oficiales, remunerándolos con oropeles que estimaban en mucho, porque el gobierno los habia tenido á diente en esto de gracias y empleos; mas como no podia en esta parte determinar cosa alguna por sí, dirigió á Venegas un oficio reservado en que le dice:

174. "El ejército que V. E. se ha servido confiarme, se compone de hijos del país, que siempre han tenido la queja de que los servicios hechos en la América han sido desatendidos. Ha tenido dos acciones, que han hecho cambiar de aspecto la insurreccion mas bárbara que jamás ha intentado nacion alguna (1), y se creen con derecho á alguna próxima distincion, ya que porque la distancia del trono no puede ser recompensada su fidelidad. Por esto y porque observo algun disgusto ó llámese sentimiento, podria convenir, si V. E. lo tuviese á bien, que sin otra distincion que la conveniente entre el oficial y el soldado, se acordase indistintamente á todos una medalla con la inscripcion de las

(1) ¡Qué poco sabe este hombre de historia. En la sublevacion de Mitridates contra los romanos, en un solo dia perecieron cuarenta mil ciudadanos.

acciones. Nada desean ni nada pretenden los jefes y oficiales europeos, mas que la gloria de servir á la patria (1), tanto mas pura, cuanto menos son sus aspiraciones.—Dios, etc."

175. Venegas se resistió á esta pretension, reservándose para la conclusion de la guerra, que creia muy próxima (faltaban once años); y concluye su respuesta diciendo . . . Conozco el mérito de los hijos de Nueva-España: cuento con el generoso y desinteresado desempeño de los europeos, y espero llenar la parte que á mí me toca en la manifestacion de la gratitud del supremo gobierno y de la patria, á los unos y á los otros. Me lisonjeo de que V. S. con su natural discrecion les persuadirá de aquellas disposiciones.—Venegas.

176. Por entonces se puso punto á esta pretension de Calleja; después se renovó é hizo efectiva, como veremos.

177. No ignoraba este las dificultades que se le presentarian en Guadalajara, y para asegurar el triunfo formó un plan muy exacto, que aprobó Venegas, concebido en estos términos:

178. "El ejército del señor Cruz, que en este dia (16 de diciembre) se halla en Querétaro, debe marchar desde este punto á Valladolid por el camino mas corto, reduciendo los pueblos de su tránsito (2), llegando á aquella ciudad, que dista cuarenta leguas, el dia 26, deteniéndose en su marcha hasta el 31, y salir para Guadalajara el dia 1.º de enero; debiendo estar en el puente de esta ciudad, que dista sesenta y seis leguas, el dia 15.

"El ejército de operaciones que se halla en Leon, debe marchar por el camino de Lagos al puente de Guadalajara, que dista sesenta y cuatro leguas, proporcionando sus jornadas de modo que llegue al puente el 15 de enero."

179. En virtud de este plan, el general don José de la Cruz, que acababa de llegar de España con el nombramiento de ayudante de brigada de Méjico, debia cooperar con la fuerza que se le confiò, á esta expedicion. Diéronsele mil ciento veintiseis infantes y doscientos treinta y cinco caballos, con los que decia gascosamente que era capaz de batir al ejército de Jerjes, y se le destinó á Huichapa para que recobrase el convoy tomado por Julian Villagran. Segun sus cartas (que hemos visto originales) á Venegas y Calleja, se gloriaba de haber incendiado varios pueblos y haciendas, diezmando á los insurgentes que pudo haber á las manos, y tomádoles cuanto pudo robar, hasta las tijeras, cuchillos é instrumentos de herrero (3). Alentábalo á ejecutar estas horrendas maldades el virrey, pues en sus órdenes le decia estas terribles palabras:

"Si la infame plebe intentase de nuevo quitar la vida á los europeos, entre usted en la ciudad (de Valladolid), pase á cuchillo á todos sus habitantes, exceptuando solo á las mujeres y niños, y pegándole fuego por todas partes. . . ." En carta privada de 18 de abril de 1811 á Calleja, de propio puño le dice de este modo: "Vamos á esparcir el terror y la muerte por todas partes y á que no quede ningun perverso sobre la tierra. . . He hecho quintar el pueblo de Zapotiltic, que asesinó á dos soldados; á otra ejecucion que haga de esta naturaleza, serán todos cuantos halle. . . . Sepan estos bandidos que quiere decir guerra á muerte (4)."

(1) Creo que tambien deseaban conservar la tierra, disfrutar sus riquezas y mandar como soberanos. . . . ¡Qué moderacion! . . . ¡Vaya!

(2) Entiéndase esta palabra reduciendo por incendiándolos.

(3) Carta á Calleja desde Huichapan, fecha 23 de noviembre.

(4) Y yo digo á mis lectores. . . . Sabeis que este

180. Marchó Cruz de Huichapa para Valladolid, robándole la plata con que se le habia servido á la señora viuda de Chavez, y denunciándola por insurgente porque se le cobró al partir de su casa: ¡tanta fué su villanía, y quién sabe á qué mayor exceso lo arrastraria su inmoralidad! Llegó por fin á Valladolid el primer dia de Pascua de Navidad, donde á la noticia de su aproximacion hubo un motin contra los españoles que estaban presos, pero que pronto sofocaron los eclesiásticos; y como Cruz debia continuar su marcha para Guadalajara, Venegas le mandó un repuesto de tropas al mando del teniente coronel Trujillo, y lo asoció con el anciano brigadier don Garcia Dávila para que contuviera su juvenil ardor; de estas palabras usa Venegas cuando le avisa de esta disposicion. . . . ¡Qué tal tendria de alquitranada la cabeza este mancebo! Ya lo veremos constituido después el verdugo mas cruel y detestable que ha tenido Morelia.

mónstruo que obraba así, era tan cruel como cobarde; jamás se presentaba en las filas en campaña; era solo oficial de bufete y pendolista, secretario del general Cuesta en España.

181. Salió al fin Cruz de Valladolid, segun las órdenes del gobierno, y el dia 14 de Tlaxcala: halló situados á los americanos mandados por don Ruperto Mier, en un cerro rodeado de quiebras y bosques, sobre cuya eminencia tenia una bateria de diez y siete cañones, para suplir la falta de fusiles. Las tropas destinadas para hacer la descubierta, fueron rechazadas; pero no las otras destacadas por diferentes direcciones, que flanquearon las de los americanos. El pormenor de esta accion se lee en la carta décima del Cuadro histórico, tom. 1.º; fué la única en que se halló Cruz, el cual pagó un tributo de justicia al valor de Mier, pues insultado este después en Guadalajara y tratado de cobarde, lo supo Cruz y le vindicó por experiencia propia. Esta es la famosa accion de Urepetiro, que costó caro á los españoles, porque después de haber sido rechazados por dos veces, se les voló un repuesto de pólvora que les causó estrago. Este triunfo se debió á don Pedro Celestino Negrete, que con su batallon de marina atacó á la bayoneta, dada la primera descarga. Hidalgo, previendo que el refuerzo de Cruz á Calleja le dañaria mucho, trató de impedirle su reunion; de hecho lo consiguió, pero después de haber perdido la famosa batalla de Calderon de que nos vamos á ocupar.